

No hemos querido que el doctor Teliophobus dudase de nuestra hidalguía y publicamos su carta, á pesar de los términos algo violentos que en ella emplea, sintiendo que la falta de espacio nos impida destruir tal cúmulo de sofismas en este número. Lo haremos en el próximo. (N. de la D.)

*Señor Editor de la GUIA FILATÉLICA.*

De toda mi consideración y respeto:

Habiendo llegado á mi noticia que Vd. se propone publicar una guía de coleccionistas de sellos de correo con el poco humanitario fin de poner á unos con otros en mayor contacto del que ya tienen, desgraciadamente, y propender al desarrollo de lo que constituye una verdadera mania en muchos de los pacientes y una fuerte obsesión ó *delirium* en la mayor parte, me permito molestar su atención, llevado únicamente por mis aficiones higienistas, traducidas en el deseo de hacer lo posible por evitar la propagación y reducir los perniciosos efectos de un verdadero mal que antes consideré amenaza y juzgo ahora flagelo para nuestra especie, por ser para mi indudable que lo que se llama filatelismo ataca al hombre física y moralmente y tiende á destruir la sociedad por múltiples causas, como pienso demostrar á Vd. evidentemente y sin réplica en el curso de esta carta.

Si después de su lectura hubiera conseguido convencer á Vd. é interesar la bondad y nobleza de sus sentimientos, pidole en nombre de la protección que todos debemos á la humanidad, desista de la publicación de tal libro, registrado desde ya en el *Index* de toda persona sensata.

Si, por el contrario, no encuentra Vd. bastante eficaces mis argumentos, lo que dudo mucho y sólo sería debido á que la teliomania hubiera hecho ya impresión muy marcada en la substancia gris de su cerebro, ruégole me conceda, como á leal enemigo, un espacio en su publicación, á fin de que esta carta sea un misionero que lleve la luz de la razón, precisamente á la masa de los que se encuentran poseídos de la enfermedad mental que llamaré *hipercoleccionismo tremens*.

Es el filatelismo un desequilibrio mental que mantiene á su víctima en la constante idea de acaparar sellos de correo por todos los medios: de aquí que la enfermedad se declare de varios

modos en los pacientes: unos se manifiestan pedigüños intolera- bles, otros derrochadores hasta la ruina, á veces negociantes sin escrúpulos y hasta no son raros los cleptomaniacos; siendo los que mantienen su pasión dentro de un límite inofensivo un tanto por ciento de poca importancia.

El coleccionar sellos ha tenido su origen, sin duda alguna, como entretenimiento infantil semejante á los cromitos ó figuras de cajas de fósforos; algunas personas mayores encontraron curiosa la diversión y por contagio se propagó á todas las edades, sexos y clases sociales; ó lo que es lo mismo, se convirtieron en niños muchas personas hasta entonces sin defecto mental alguno; hoy, poseidas ya por completo, se esfuerzan en encontrar argumentos para defender su teliomanía, no pasando éstos de ser meros sofismas pueriles. Dicen, por ejemplo, que con los sellos se aprende geografía, que se conoce la importancia, monedas, sistema de gobierno de cada país, que se acostumbra la cabeza á las minuciosidades (como si esto fuera un bien) y también que ayudan á la historia al modo de la numismática ó la arqueología y no sé si alguien habrá llegado á equipararlos con la misma etnología. A primera vista se nota que todas estas ventajas son exageradas, si no ilusorias, porque más geografía, monedas é historia se aprende en un mes de estudio serio que en dos años de semejante coleccionismo; y en cuanto á los elementos que pueda llevar al estudio de esta última gran ciencia, basta saber que el uso de los sellos de correo data solamente desde mediados del presente siglo y que ni aún por excepción se encuentra enlazado su uso con hechos históricos que no consten por otros testimonios más importantes.

En cambio, los inconvenientes de la teliomanía son graves y profundos. Es verdaderamente grotesco, ante todo, ver á un hombre en la plenitud de la vida, teniendo un sellito sujeto por unas pinzas en una mano y en la otra una gran lente á través de la cual lo mira por todas partes y de todos modos, aguzando la vista y estrujando su cerebro para resolver si aquél tiene, por casualidad, un puntito que falte en los otros de su clase: ¿y si descubre un error de impresión, ó una mancha, ó lo que llaman en su absurdo lenguaje una *cabeza-pala*? Una *i* sin punto, la nariz más abultada de un retrato, un pico más en la perforación, son monstruosidades que por su valor *histórico* ó *geográfico* se hacen pagar por miles de francos. Puede juzgarse de lo razonable que es la filatelia cuando se aprecia más en ella lo equivocado que lo exacto, y los sellos usados se prefieren á los limpios, destruyendo así el mayor mérito que tienen que es el artístico en los que lo poseen.

El teliomaniaco es un verdadero avaro, pues conozco algunos que se encierran, vacían un sobre de sellos encima de su mesa, los miran, los acarician, los revuelven y los meten en el sobre hasta otra vez con la fruición característica del que ve realizada su idea fija. De aquí que amen la soledad y se aislen de toda compañía que no tenga afinidad con su filatelismo; que agoten sus facultades y su tiempo en este solo tema; que desatiendan las ocupaciones indispensables á su medio de vida para arreglar ó desarreglar sus sellos, sin otra distracción ó empleo útil y, como consecuencia, que se releguen á sí mismos al papel de autómatas y sean como miembros paralíticos de la sociedad que los mira sin intentar su curación. Por otra parte, y no es ésta la faz menos grave de la teliomanía, debido á la excesiva quietud y vida sedentaria á que los fuerza su pasión, se producen en ellos enfermedades gástricas y digestiones difíciles que á más de constituir un peligro serio para sus vidas, les exaspera y malhumora el carácter, contribuyendo esto en mucho al aislamiento de que ya he hablado.

Considerados los filatelistas colectivamente, debe reprochárseles el haber dado lugar al desarrollo de la falsificación y la estafa, hecho que ninguno de ellos podrá negar y que por sí sólo bastaría para justificar cualquier ley de supresión de las colecciones de sellos.

Añádase á todo lo dicho el papel inmoral que muchas naciones han hecho y hacen aún para explotar el vicio que me ocupa, ya sea degradando la soberanía nacional en favor de una empresa mercantil, ya reimprimiendo sellos antiguos, ó vendiendo los fuera de uso en pública subasta, y, á veces, poniendo los correos oficiales al servicio de tal teliomaniaco ó mercurio postal influyente.

Creo, señor editor, que basta lo expuesto para demostrar que los no contaminados debemos hacer lo posible para extirpar el filatelismo, proponiendo á los gobiernos que sustituyan los actuales sellos por algo que no sea susceptible de coleccionarse; ordenar la quema de todos aquellos que puedan haberse, ya sean de propiedad fiscal ó privada; prohibir su venta y circulación, so pena de destierro, y empastelar todas las imprentas de sus diarios, revistas y catálogos; pues estoy seguro de que hay más publicaciones filatélicas que anarquistas, siendo éstas menos nocivas para la salud general.

Felicito á Vd. cordial y anticipadamente, señor editor, porque seguramente desistirá de volcar en el mundo el veneno de su proyectada GUÍA; y en el desgraciado caso que sólo consienta Vd. en la publicación de la presente carta, recomiéndole un severo tratamiento por la hidroterapia y el masaje. Reciba, á pesar de todo, el testimonio de mi agradecimiento, estimación y aprecio.